

DETERMINANTES PSICOLOGICOS DE LOS CONFLICTOS BELICOS

Márquez A., Jorge (*) Egido Portela, A. (**) Regueiro Muñiz, J. (***)

El presente artículo constituye una serie de reflexiones sobre el uso de técnicas psicológicas con fines bélicos. La manipulación y el control del sistema de fuerzas que presionan a uno o más individuos se encuadra dentro de la metodología denominada de baja intensidad; y psicológicamente van dirigidas a disminuir la seguridad en sí misma, con el fin de instigar actos programados a priori y sin que se perciba tal control.

The following article constitutes a series of reflections about the use of psychological technics with bellicose finnishes. Manipulation and control of the force system that pressure one or more individuals frame inside the methodology denominated of low intensity; and they are psychological direct to decrease the security in itself, with the finnish of instigate program acts apriori without perceiving that control.

1. INTRODUCCION

En la antigüedad tiene origen el concepto que da a la guerra el significado de un noble arte y que imponía a los hombres el difícil trabajo de acreditar si merecían o no vivir, el motivo de seguir viviendo se ganaría en la lucha contra la muerte; y el significado como arte que acredita la ganancia de ese mérito, se encuentra ya como filosofía en el siglo IV a. de C., con Sun Tzu. Estas ideas se desarrollarán más tarde a través de los descubrimientos darwinianos sobre la lucha y la selección de las especies, y que desde una perspectiva dinámica suponen el encubrimiento de un primitivo deseo de retorno a las guerras instintivas, para acreditar el poder sobre la muerte.

La evolución de las ciencias incorpora nuevos

sentidos y posiciones, y en el presente siguen estando vigentes esos términos de retorno a través de la guerra (CHESNAIS, 1981). Así no debe de extrañar, al ver los escritos fechados en los períodos de las grandes guerras, leer que "... para los combatientes la guerra no es un simple enfrentamiento material sino, también, una prueba espiritual..." o "La guerra es santa porque la justicia no se puede ejercer sobre ella" (R. QUINTON, 1989).

Manifestaciones de este estilo tienen una gran importancia, porque la militarización se inicia en la mayor parte de las veces en el lenguaje, se militariza a la sociedad civil hasta situarla en un estado de guerra permanente, haciendo sentir a la colectividad que el enemigo nunca descansa. El lenguaje de exhortación militar ha cambiado muy poco, los principios que se utilizan para persuadir al soldado actualmente difieren

(*) Investigador y Docente de la Univ. San Martín de Porres (Lima-Perú), distinguido con el Premio Nacional en Psiquiatría por el Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología del Perú. CONCYTEC.

(**) Investigador Dpto. de Psicología Clínica y Psicobiología. Univ. de Santiago de Compostela. ESPAÑA

(***) Prof. de Psicología Dinámica y Psicopatología. Univ. de Santiago de Compostela. Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología. Campus Universitario. 15702. Santiago de Compostela - ESPAÑA

muy poco de los que se utilizaban hace algunos siglos. El lenguaje bélico en esencia continúa siendo el mismo, así el siguiente escrito:

"... Nos habían dicho, al abandonar la tierra madre, que partíamos para defender los derechos sagrados de tantos ciudadanos allá lejos asentados, de tantos años de presencia y de tantos beneficios aportados a los pueblos que necesitan nuestra ayuda y nuestra civilización..."

Que podría encajar perfectamente, con leves matizaciones, dentro del conjunto de causas que se aducen actualmente por algunas de las naciones para llevar a cabo la invasión de otra, y que, sin embargo, está fechado en la época del imperio romano (fragmento de una carta de Marcus Flavinius, centurión de la 2a. Cohorte de la Legión Augusta, a un familiar), haciendo alusión a los valores patrios y derechos humanos es una pequeña muestra de la persistencia de los mismos patrones cuando de hacer la guerra se trata.

En la actualidad la evolución moral de la sociedad ha conseguido que las ideas relacionadas con la guerra o el combate se hayan degradado notablemente. Así, si en la Conferencia de La Haya se excluían de las limitaciones de motivos de guerra las "cuestiones de honor", actualmente, se incluyen. La idea de pacifismo ha dejado de tener connotaciones peyorativas y se contempla que la guerra o la lucha no es el único medio para ejercer la "katharsis".

Ahora bien, los logros de los movimientos por la paz no han conseguido erradicar las guerras; al contrario, actualmente un porcentaje elevado de naciones se encuentran inmiscuidas en alguna clase de conflictos bélicos. No se ha conseguido que sea menor la beligerancia, lo que se ha conseguido, en realidad, es una reconversión del campo semántico del concepto de guerra. Los conflictos bélicos se han desfigurado y encubierto con la terminología de paz. La mayoría de las guerras actuales se denominan de pacificación (terminología francesa en Argelia, americana en Vietnam o soviética en Afganistán). Se ha producido una flexión del término de guerra por el término defensa, ello ha conducido a una enorme confusión a la hora de considerar lo que es o no una guerra, y se extrapola el término a otros conflictos que no recurren a la violencia de las armas.

2. ESTRATEGIA DE LA TERMINOLOGIA MILITAR

La mitología de la guerra es simbolizada como el enfrentamiento entre dos fuerzas, las del bien y las del mal; la luz contra la oscuridad, en un campo de batalla simbolizada por el dominio de la realidad en el que se sitúa la acción. A lo largo de la historia, se suceden las guerras por diversos motivos, pero en todas permanece algo de esa mitología.

Todas las guerras se realizan por alguna "causa justa", motivos religiosos unos, idealistas otros, pero todos en suma motivos justos, donde el hombre no lucha sólo contra enemigos externos, sino también internos, siendo la imagen tanto más fiel cuanto más justa es la guerra (GRAHAM & GURR, 1969; WRIGHT, 1942). Se concibe como el único medio para obtener la reintegración de un orden original perdido, a través del sacrificio de personas y bienes, es decir, es la única razón para poder reducir la multiplicidad a la unidad, el desorden al orden.

La razón fundamental es, sin duda, la imprecisión del concepto mismo de guerra. Podemos acudir a la realidad y ver la evidencia de la misma, oponer la guerra a la paz como el blanco a lo negro.

Desde el punto de vista histórico se han hecho diferentes clasificaciones, tomando como parámetros para las mismas: el tiempo (Guerra de los cien años, Guerra de los siete años...); espacio (Guerra de las Galias, Guerra de Corea o Vietnam...); una ocasión (las Guerras de Sucesión); un símbolo (Guerra de las Dos Rosas); los contendientes (Guerra Hispano-Francesa) o los objetivos políticos (reconquista, guerras coloniales). Pero tales clasificaciones no aportan nada sobre los efectos de las mismas, o sobre el concepto, sólo tienen una utilidad histórica que nos permite encuadrarlas en un período determinado. Se puede ampliar esta clasificación atendiendo al tipo de armas, a la declaración o no de la misma guerra y a los medios de disuasión empleados, pero sigue sin esclarecerse nada sobre los efectos. La toma de conciencia del carácter económico de algunos conflictos armados, conduce a denominar guerras a luchas económicas que no tienen carácter militar, pero que sin embargo ejercen una presión social negativa en las masas.

Surgen, entre otras, cuestiones como ¿Cuál es el denominador común entre usos tan distintos del mismo término?.

Son varios los aspectos que nos van a permitir identificarlo: 1) la extensión en el tiempo; 2) la coordinación de las masas y medios de combate; 3) el empleo de estos medios según unas tácticas y estrategias precisas y 4) el fin consciente de imponer la voluntad propia al adversario. La consideración de estos aspectos da lugar a otro tipo de clasificación, que obedece más a la magnitud e intensidad de sus operaciones, ésta es: a) conflictos de alta intensidad; b) conflictos de media intensidad y c) conflictos de baja intensidad. Según sea el tipo de conflicto, las repercusiones psicológicas en las poblaciones e individuos serán diferentes. Por su carácter abiertamente psicológico nos referiremos posteriormente al tercer tipo de conflicto.

3. ACTO DE GUERRA Y CLASIFICACION SI-COLOGICA

El progreso científico parece estar asociado a la guerra, y la necesidad de ejercer ésta cada vez más eficazmente en conjunción con todos los fenómenos sociales y económicos a ella asociados, impulsará el desarrollo de la ciencia, convirtiéndola, a partir del S. XVII, en un quehacer humano productivo y rentable (BOUTHOUL, CARRERE & ANNEQUIN, 1980).

La psicología, como las demás ciencias, no podía sustraerse a esta puesta en servicio de la guerra, y es a partir de la Primera Guerra Mundial, con la utilización de los test alfa y beta, el momento en que se la reconoce oficialmente como "útil" al servicio de las causas bélicas, si bien se venían utilizando los efectos psicológicos de la guerra sucia desde los comienzos de los grandes conflictos humanos, así por ejemplo, en la Edad Media era costumbre introducir cadáveres, supuestamente infectados por la peste, tras las filas enemigas o en las fortificaciones asediadas, con el fin de generar pánico en la población; o el uso de la antigua táctica de la tierra quemada.

La guerra psicológica actual alcanza su pleno desarrollo con el surgimiento de la denominada "guerra fría" y el establecimiento de la paz por el terror. El precario equilibrio miedo-agresión se alimenta por el crecimiento desbocado y sin límites previsibles del armamento de las grandes potencias.

Como fenómeno socialmente importante para el desarrollo de la humanidad, las causas de la guerra

intentaron ser explicadas por las grandes escuelas psicológicas. En la teoría psicoanalítica freudiana, la agresión humana es concebida como un instinto de muerte, la afición del hombre por los riesgos, aventuras y el peligro tendrían su explicación como productos de la lucha instintiva entre el eros (instinto de vida) y el thanatos (instinto de muerte). Freud establece una relación dinámica entre ambos instintos que daría lugar a las distintas formas de comportamiento. La guerra sería en este contexto, la expresión victoriosa del thanatos. Esta tesis es muy discutida, incluso a la luz del nuevo psicoanálisis. De hecho no es capaz de soportar la mínima de las críticas con evidencias empíricas.

Esta postura es reformulada por Freud en 1905, considerando la agresividad como un componente del instinto sexual, evidenciando que los seres humanos se enfrentan con ciertas tendencias relativamente permanentes (y maleables) y que la sexualidad resulta en este contexto un ejemplo de primera categoría. Sin embargo, esta proposición no resuelve el problema del número y de la especie de las pulsiones.

La evolución del término ha hecho que se lo extrapole a diferentes campos de la vida cotidiana y actualmente se lo considere en determinadas situaciones como sinónimo de acometividad, como una actividad para activar y regular el vigor para la acción, dando lugar a una confusión con el constructo motivación; y a que se considere a la agresividad como positiva, para saber desempeñarse en el competitivo mercado de trabajo actual.

No se puede considerar la agresividad como instinto y base psicológica de los conflictos bélicos, pues la hipostatización de las pulsiones como causa de determinados conflictos, no posee realmente un valor explicativo y suele implicar un círculo vicioso.

Desde una perspectiva etológica se realiza una extrapolación del mundo animal al humano, y aunque no existen guerras propiamente dichas en el mundo animal, los etólogos consideran que la agresividad sería el soporte de los conflictos bélicos y que, como otro tipo de conducta, está sujeta a las leyes y principios que rigen el condicionamiento y aprendizaje. Siendo susceptible de ejercitación, de magnificación o de atrofia, en función de las condiciones ambientales. La agresión desempeñaría la función de dispositivo de adaptación que en los animales se va adquiriendo a través de su

contacto con el ambiente y que en el hombre se hipertrofia por razones muy distintas a las instintivas (EIBL-EIBESFELDT, 1972; LORENZ, 1963). Ambos autores tienden a ver en los conflictos humanos la expresión de la violencia innata propia de la especie, con el agravante de que el hombre no posee un eficiente mecanismo inhibitorio de la agresión.

La superpoblación como fenómeno que altera las condiciones de vida humana, sobre todo en lo referente a la salud social, sería uno de los desencadenantes más importantes de la conducta agresiva humana (LORENZ, 1973).

Los conceptos basados en la dinámica de las pulsiones y en la teoría del instinto, aun siendo complementados con valores de tipo biológico y fisiológico, y se consideren los efectos de una derivación de energía diferencial, no explican la totalidad de las violencias organizadas que una colectividad puede ejercer sobre otra, al ser diferentes las receptividades a las mismas. Por eso están justificadas las hipótesis inspiradas en la teoría del aprendizaje.

El enfoque que el aprendizaje social realiza de los conflictos bélicos tiene en cuenta, básicamente, dos aspectos: cómo se adquieren y mantienen las respuestas que usualmente se conciben como agresivas y de qué maneras se aprende a formular los juicios sociales que permiten discriminar una respuesta agresiva de otra que no lo es. La cantidad de agresión manifiesta parece estar, como ha manifestado BANDURA (1973) en función directa al grado de tolerancia social de este tipo de actos.

Sin embargo, se ha de destacar que las razones políticas que la historia ha asignado al fenómeno de la guerra, no pierden validez sólo por el hecho de que existen alternativas en el campo de las ciencias naturales y sociales (BEER 1794). Antes, por el contrario, la guerra ha de entenderse como un fenómeno complejo, de expresión y naturaleza multifactorial, sólo susceptible de una comprensión cabal, a la luz de la investigación multidisciplinaria (NEWMAN, 1979), siendo los factores de carácter psicológico aspectos que contribuyen a aclarar tal fenómeno. La guerra está presente en la vida cotidiana de todas las personas, a través de los medios de comunicación social, cine, televisión; en los juegos infantiles y en las fantasías juveniles de afirmación y heroicismo; en los himnos y en los símbolos de

la patria, en la desvirtuación de la naturaleza del deporte; en nuestras costumbres; por ello se puede afirmar que la guerra es parcialmente aprendida. Pero la guerra también es un negocio que genera grandes beneficios y por ello en ocasiones interesa mantenerla en detrimento de los derechos humanos de los pueblos que puedan verse afectados.

Si en los comportamientos violentos se demuestra con especial transparencia la eficacia de los principios del aprendizaje, la violencia con implicaciones motivacionales debe encuadrarse más entre los constructos dinámicos y estudiarse bajo esta perspectiva, sin que ello vaya en detrimento de poder considerar un área de conducta simultáneamente desde diversos puntos de vista y se consideren aportaciones procedentes de métodos de investigación distintos.

4. APROXIMACION A LOS CONFLICTOS DE BAJA INTENSIDAD Y SUS IMPLICACIONES PSICOLÓGICAS

Desde el final de la II Guerra Mundial hasta la década de los 80, los países de la Europa Comunitaria han desencadenado o se han visto implicados en ciento quince conflictos. Los fracasos de las grandes potencias en su política expansionista (Francia en Argelia, Portugal en Angola y Mozambique; EE.UU. en Vietnam; la U.R.S.S. en Afganistán; Irlanda del Norte...), ha dado lugar a un nuevo tipo de estrategia en los conflictos armados. Una estrategia que, según los investigadores, puede desarrollarse en diversos frentes al mismo tiempo y con la característica de que es una guerra no declarada. El término baja intensidad, se deriva del lenguaje empleado para distinguirla de las denominadas guerras convencionales, de los conflictos que implican la represión de movimientos contrarios al régimen instaurado o afín a una de las superpotencias, o gobiernos de corte revolucionario.

El aspecto militar de este tipo de conflictos queda relegado a un segundo plano, optando por una perspectiva más integral de los medios a utilizar. De ahí que en los manuales donde se trata este tipo de conflictos sean cuatro las perspectivas desde las que se los aborda: políticoideológico; socioeconómico; psicológico-militar y diplomático. Con esta nueva estrategia, no se pretende la baja física del enemigo por medios militares sino, y sobre todo, deslegitimarlos, aislarlos y sofocarlos; desgastando sus recursos, su autoridad po-

pular y hasta la misma convicción de sus propias fuerzas.

En consecuencia, los efectos que se pretenden, traspasan los altos porcentajes de los presupuestos que las naciones tengan que invertir y los cálculos en vidas humanas que hasta ahora eran los parámetros principales para hacer referencia a los costos de la guerra, y empieza a adquirir importancia el desgaste psicológico en su sentido amplio desde diferentes frentes. Desde el bloqueo de los créditos bancarios, campañas internacionales de desprestigio, recaudación de fondos para la contienda, operaciones de castigo y de técnicas de los desaparecidos..., etc., el fin siempre es el mismo, mantener al contrario en tensión ante la eventualidad, y contribuir de esta forma al desgaste.

Los aspectos psicológicos que abarca este tipo de estrategia se generan en diferentes planos, pero ante todo es el de crear confusión, negociar con diferentes fracciones, captar a los descontentos, romper el todo organizativo del contrario, e incluso negociar en abstracto. Evidentemente, las negociaciones podrían interpretarse como el salto cualitativo que vendría a reforzar lo que ya era habitual en este tipo de guerras: la calumnia, la mentira, la intoxicación informativa, las cortinas de humo en torno a determinados sucesos, etc.

En un plano más individual, si el legado psicológico de la guerra de alta y media intensidad ha dado lugar al denominado trastorno por estrés postraumático (a partir de la guerra de Vietnam), en la Primera Guerra Mundial se le denominaba neurosis de guerra; y en la Segunda Guerra Mundial (fatiga bélica), con una sintomatología precisa, los efectos de la G.B.I. (Guerra de Baja Intensidad) a nivel individual todavía están por determinar, aunque se pueden considerar a partir de los mismos objetivos de tales conflictos. Se pretende minar la resistencia o el equilibrio somático del adversario, alterar sus convicciones, destruir sus puntos de referencia y distender sus lazos afectivos de los valores personales o colectivos, hacerle dudar de la verdad, perturbar su sentido moral y a fin de cuentas debilitar y borrar la resolución y firmeza de su voluntad (MARQUEZ, 1989). La psicología utilizada como arma pervierte la ciencia al mismo tiempo que destruye la voluntad del enemigo, es decir al querer inocular la corrupción o el odio en el adversario, se contamina uno mismo. Se debe

mencionar este tipo de arma que es nuevo tanto a los ojos de la moral como en el arsenal de procedimientos militares y, sobre todo, porque rompe los cánones del principio de la economía de fuerzas que rige todo conflicto.

Las acciones psicológicas están inmersas en el contexto ideopolítico que las sustentan y resultan difícil abstraer de tal contexto, dado que obedecen a una concepción general, en la que no son concebidas como tales, sino como un conjunto de acciones de carácter políticomilitar, que forman parte, a su vez, de la estrategia que un gobierno ha diseñado para alcanzar sus objetivos.

En tal sentido, dentro de este esquema, no existen las operaciones psicológicas tal y como se han considerado, sino que están incluidas en el conjunto de procedimientos calificados de necesarios, que forman parte y a la vez son consecuencia natural de la situación de la guerra que se lleva a cabo.

BIBLIOGRAFIA

- AAVV. (1989) Memento Defensa-Desarmement GRIP (Groupe de Recherche et d' information sur la paix). C.I.P. Bibliotheque Royale Albert. Bruxelles.
- BANDURA, A (1973) Agression, a Social Learning Analysis Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall.
- BEER, F.A. (1974). How much War in History. Beverly Hills, California, Sage Publ.
- CHESNAIS, J.C. (1981) Histoire de la violence. Coll. Pluriel. Paris, Laffont.
- BOUTHOU, G. CARRERE, R. & ANNEQUIN, J. (1980). Guerres et Civilisations : de la prehistoire a l'ère nucleospatiale. París : Foundation pour les études de la defense nationale (les Sept Epées).
- EIBL-EIBESFELDT, (1972) Liebe und Hass. Piper & Verlag. Viena
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos sobre la teoría sexual. Alianza Editorial. Madrid, (1972).
- GRAHAM, H.D. & GURR, T.R. (1969). The History of Violence in America. New York, Bantam Books.

LORENZ, K. (1963). Das Sogenante Böse. Borotha-Schoeler Verlag. Viena. (1973) Die Acht Todsunden der Zivilisierten Menschheit. R. Piper & Verlag. München.

MARQUEZ, J. (1989) Algunos rasgos de personalidad a través del Rorschach en personas en guerra no convencional. Comunicación presentada en el XXII Congreso Interamericano de Psicología. Buenos Aires.

NEWMAN, G. (1979) Understanding Violence. New York, J.B. Lippincott.

QUINTON, R. (1989) Maximies sur la guerre. París, Porte Galive.

RAPOPORT, A. (1964) Strategy and Conscience, Harper & Row. New York.

SUN TZU, (Edición de 1978). L'art de la Guerre. París, Flammarion. France

WRIGHT, Q. (1942). A study of ward. Chicago Press. USA